

ALBERT DOMÈNECH

CÓMO LIBRARTE
DE LOS MEDIOCRES
QUE QUIEREN
JODERTE LA VIDA

la esfera  de los libros

TRATADO POCO TRATADO DE LA MEDIOCRIDAD

Si estás temblando por la palabra tratado y crees que se avecina un sermón intelectual puedes dejar de hacerlo porque no deseo eso para este libro. Quiero una charla de tú a tú. No hay cosa más bonita en la sociedad y en una comunidad (es algo que yo he podido aprender en mi propia comunidad de YouTube) que ayudar a los demás sin esperar nada a cambio. Esto que te voy a contar no ha sido fácil, ni mucho menos rápido. Uno no se levanta un día de la cama con una aureola brillante y gritando: «¡He visto la luz! ¡He visto la luz!». Si eso sucede, probablemente tu madre te responderá desde el otro lado: «¡Te he subido la persiana, que ya vas media hora tarde!».

Son muchos días de pérdida de energía, de tener ganas de llorar y no saber por qué, de notar un desgaste en mi mente que te deja esa sensación de vacío, y de batallas estériles de las que solo he salido yo con cicatrices, para darme cuenta de lo que pueden significar las rela-

ciones humanas, y lo nocivas que pueden ser muchas de ellas para tu día a día. Como si fuera el protagonista de un cómic, encerrado en esa realidad, he ido viviendo aventuras y desventuras, conociendo personajes extraordinarios, pero también seres despreciables que han intentado joderme la vida.

Mi primera nota de positivismo: lo han intentado, casi nunca lo han logrado. Como verás, uno de los mensajes en los que quiero hacer más hincapié es que **TODO PASA POR TI**, y que vas a decidir y aprender qué hacer con ellos y cómo desactivarlos, igual que yo he ido aprendiendo a hacer con el paso de los años, hasta conseguir mi superescudo de defensa del Capitán América. Tú vas a ser más universal y a comerte el mundo. Pero para eso debes conocer sus puntos débiles, así que me he permitido el lujo de hacerte una lista que te podrá ser muy útil, ya que eso te permitirá seguir avanzando en la vida, sin pesos innecesarios y sintiéndote más libre. Suena bien, ¿verdad? Vamos a ello.

Como eres una persona muy ávida e inteligente, quizás hayas leído muchas cosas sobre las personas con rasgos narcisistas o los psicópatas. No los que van enmascarados y con una destal en una película de terror, sino los que presentan un cuadro de comportamientos perversos. No te preocupes, que estos también salen retratados en el libro; aunque a mí me apetecía buscar un término algo más común en nuestro día a día para, entre otras cosas, ser justos con algunas personas nefastas y con un veneno más suave, con las que sin duda convives, pero que no llegan a la maldad de los

malotes del grupo. Así que me quedo con el término mediocre, que nos permite llegar a un conjunto más grande de personajes y que representa algunas actitudes muy típicas de nuestro maravilloso país donde la principal ley que empieza a imperar no es otra que la ley del mínimo esfuerzo.

El mediocre es un individuo que ha existido toda la vida. Nos dicen que en el paleolítico se repartían entre los cazadores (básicamente machotes) y los recolectores (básicamente mujeres). Porque sí, el machismo también ha existido toda la vida. Pues bien, entre los y las que se dedicaban a cazar, pescar o recolectar frutos y vegetales seguro que también existían los y las que básicamente se dedicaban a rascarse sus partes íntimas. Porque una de las primeras cosas que debemos tener claras es que la mediocridad no entiende de género, incluyendo aquí el binarismo, el nudismo y toda la variedad de estupidez humana al borde de otro *ismo*: el abismo.

Dicho de otro modo: que cuando Dios descansó al séptimo día, se quedó realmente descansado porque dejó una creación bastante imperfecta. Que conste que yo soy muy fan de la imperfección, especialmente en el momento social en el que vivimos que parece que si no te ha esculpido Miguel Ángel estás fuera de juego y sin la posibilidad de que entre el VAR. Pero la imperfección de la que yo hablo es compatible con otro tipo de belleza: es aquella que nos hace ser más auténticos, naturales, humanos y con personalidad. Luego hay otro tipo de imperfección, más bien unineuronal, contra la que po-

cas cosas podemos hacer, más allá de donar *a posteriori* esos cuerpos a la ciencia para que en los próximos siglos no se repitan las estupideces de los anteriores.

Quizás no fueron bautizados con el nombre artístico de mediocres (del latín *mediocris*), pero los primeros individuos con cerebro en forma de pandero ya apuntaban maneras. De la mano de la raza humana, los mediocres han ido evolucionando con el paso de los siglos, hasta el punto de que no solo se han multiplicado, junto con los panes y los peces, sino que también se han perfeccionado para poder sobrevivir en el ecosistema actual, e incluso podérselo cargar desde dentro a ritmo de cagada sobre cagada, el villancico trasgresor del siglo XXI.

Vamos al DLE, que no es el nombre de la gata de tu vecina pensando que es una faraona egipcia, sino el del Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia, donde, por cierto, tiene pinta de haber un nido de mediocres importante. Según la institución, estas son las dos acepciones del término que nos ocupa:

1. adj. De calidad media.
2. adj. De poco mérito, tirando a malo.

Es decir, que se mire como se mire, un mediocre es alguien que genera rechazo. Lo que sucede aquí es que muchas veces hemos focalizado exclusivamente el término para hablar de aquellas personas que destacan especialmente por no tener ninguna habilidad o talento; a mí aquí me gustaría pararme unos segundos porque mi

tratado no es tan fácil. No tener habilidades destacadas o talentos definidos no te convierte necesariamente en un mediocre porque nos falta la segunda parte de la fórmula. ¡Casi me olvido de la fórmula!

La fórmula del mediocre

Si determinados refrescos que no pagan aquí para que los promocióne tienen fórmula, cómo no la va a tener un tratado humanista y antropológico tan currado como el mío que nace básicamente de lo mucho que me han dado por donde termina la espalda en los últimos años. Hace muchos años entrevisté al formador y conferenciante Victor Küppers, que, sin quererlo, se ha convertido en un líder motivacional y da charlas por todo el planeta. Una de las primeras cosas que me expuso en esa entrevista fue esta fórmula:

$$V = (C+H) \times A$$

Ni que decir tiene que, cuando me lo planteó así, mi reacción fue muy similar a la tuya: ponerme a llorar y pedir un Frigopié. Pero no es tan complejo, te lo prometo. La traducción de este jeroglífico que nos plantea Küppers es que el valor es la suma de conocimientos y habilidades multiplicado por la actitud. No te pediré que me des un resultado ni que estés tres días intentando resolver la ecuación; me conformo con que memorices los tres conceptos: conocimientos, habilidades y actitud.

Intentar definir a una persona bajo el prisma de un único concepto me parece injusto, incluso si hablamos en términos de mediocridad. Más que nada porque, como individuos, no solo nos definen nuestros conocimientos y habilidades, sino también nuestra actitud ante la vida u otros elementos como la voluntad, la predisposición o incluso los modales. En el mundo hay infinidad de personas que no destacan especialmente ante los demás en muchos ámbitos, pero no por eso son mediocres, ya que pueden acogerse a otros atenuantes que los hace ser personas excepcionales o extraordinarias.

En este punto de la partida, me atrevería a decir que esta reflexión me ha obligado a una reconversión del término mediocre, que creo define mucho más a las personas por su actitud, personalidad o manera de actuar consigo mismos y con los demás, que con las habilidades adquiridas. Así que la fórmula queda reducida de la siguiente manera:

$$M = I + I \times E$$

El mediocre es una persona con innegables dotes de idiotez e imbecilidad, multiplicados por la sombra alargada de su querido ego. Debo advertir que no es una fórmula exacta y que, como verás en los próximos capítulos, hay personalidades mediocres muy trabajadas y que han introducido más mejoras que tu iPhone cuando te avisa cada semana que hay que actualizar el sistema operativo. Vaya, que su cerebro no evoluciona, pero el ADN en el que se basa toda la toxicidad que desprenden,

sí. Si esperabas una película Disney ya ves que esto va adquiriendo tonalidades oscuras y que la cosa es más compleja de lo que parece a simple vista. Por suerte tienes contigo a un auténtico especialista en *cazamediocres*, pero para ser un alumno avanzado aún tienes que saber algunas cosas más.

¿Y si el mediocre soy yo?

Es posible que ahora mismo —desde la cafetería, el sofá, la cama, el autobús, el avión o donde sea que estés leyendo este libro— te hagas dos preguntas. La primera, si estás ante un impostor y quien te está interpelando en estos momentos a través de estas páginas es realmente un mediocre. Bien jugado. Te responderé a esa pregunta en el epílogo, aunque un poquito más adelante encontrarás ya alguna pista. La segunda pregunta que quizás te hayas formulado internamente es si eres tú el mediocre y si tienes todas las papeletas para formar parte de la colección de la que disfrutarás en capítulos próximos. Así que ahora me toca tranquilizarte un poco. ¡Si es que no paras de darme trabajo!

Hacerse preguntas es una muestra de inteligencia. Tener dudas, también. Así que de entrada, si te estás cuestionando a ti mismo, es que vas por el buen camino y es muy probable que no seas ningún mediocre. Entre otras cosas porque estas personas no suelen cuestionarse muchas cosas o simplemente les importa un pepino de la huerta de Murcia ser mediocres mientras haya

gente que los adule o su cuenta corriente siga creciendo. Pero no nos apresuremos: esto lo explicaré con todo lujo de detalles un poco más adelante. Como ves, no de-jo de ofrecerte acicates para que sigas leyendo y completemos juntos el camino.

Hay dos buenas noticias. La primera es que de la mediocridad se puede salir con esfuerzo y voluntad real, es decir, que depende de uno mismo salir de ese estado de letargo. Y la segunda es que, a pesar de la toxicidad que puedan desprender los mediocres, siempre tenemos a mano un antídoto para que eso no nos afecte directamente. Recuerda que las emociones que sentimos dependen de nuestro diálogo interior y que si esto fuera un tribunal, en última instancia siempre podemos salvarnos a nosotros mismos. Solo necesitamos identificar los recursos y trabajar para que eso pase. Al principio cuesta un poco, la verdad, pero cuando coges el truco verás que los momentos de bienestar son mucho más habituales que los de sufrimiento.

El día en que estuve a punto de convertirme en mediocre

Viene el momento «abuelo cebolleta» con una de mis primeras anécdotas vitales. Yo debía de tener unos ocho o nueve años. En el colegio nos animaron a participar en un concurso de dibujo patrocinado por una conocida marca de lácteos. Yo tengo muchas habilidades, pero ya os avanzo que dibujar no es una de ellas, en absoluto. Es

más, no confíen en mí para todo lo que tenga que ver con manualidades, instalaciones eléctricas o cualquier actividad que requiera de mucha paciencia y maña. ¿Sabían aquello de que más vale maña que fuerza? Pues yo ni la una ni la otra, de ahí que tuviera que darle más al coco para al menos tener la teoría controlada.

Volviendo al certamen, y teniendo en cuenta mis habilidades artísticas, lo único que podría haber hecho potable con mis propias manos era una versión desmejorada del *Ecce Homo* de Borja «restaurado» por la voluntariosa doña Cecilia. No recuerdo cuál era la temática, pero lo cierto es que terminé pidiendo ayuda a mi padre, que es justo lo contrario que yo. Una ayuda que se tradujo en un: «Papá, ¿me pintas algo?», mientras yo veía la televisión. Y el hombre, la verdad, es que se lo curró, hasta tal punto de que fui uno de los ganadores del certamen.

Y ahí estaba yo, subido en el escenario de un teatro, recogiendo mi primer premio con esos ocho años, por algo cuya contribución personal había sido aplaudir a mi padre. Llegué a casa con decenas de yogures y otros productos lácteos, pero con cierta desazón porque en el fondo sabía que ese premio no era merecido. Mejor dicho, que ese premio sí que era merecido, pero no era yo quien debía subir a recogerlo, sino mi padre, eso sí, con toda la vergüenza y el escándalo que eso habría supuesto en mi colegio. Realmente habría sido un buen momento para pregonar mi intención de convertirme en un mediocre y anunciar a la sociedad que un nuevo mesías había llegado al mundo para rascarse

los genitales: mientras otros hacían el trabajo sucio, yo saldría en las fotos o en los organigramas empresariales. Pero no fue así.

Y no fue así porque, entre otras cosas, yo he sido educado en la cultura del esfuerzo: si le hubiera pedido a mi padre un segundo delito infantil me habría mandado a descargar contenedores al puerto de Barcelona con nueve años, que es el santuario en el que él ha trabajado toda la vida. Ya de mayor, podría haber seguido los pasos de mi padre y convertirme en estibador; sin duda el camino más fácil ya que por herencia familiar tenía más opciones. Pero para esa época yo ya tenía claro que quería ser periodista y ese era el camino que debía seguir a pesar de no tener padrinos, enchufes ni almas caritativas que colocaran al niño a redactar teletipos. Si de algo estoy orgulloso en lo que llevo de vida es que nadie me ha regalado nunca nada de lo que he logrado, y creo que eso ya es motivo suficiente para pensar que, aunque lo pude haber sido en alguna ocasión, jamás me he transformado en un mediocre.

La pirámide de la mediocridad

Albergaba alguna esperanza de que tras vivir la pandemia saldríamos reforzados como seres humanos, de que, tras la experiencia cruel y el encierro inhumano, aprenderíamos a valorar mucho más lo que tenemos y a ser empáticos con los demás. La pandemia no nos ha hecho mejores. Somos más frágiles que nunca, más pa-

ranoicos, sufrimos neurosis colectiva, todo nos ofende, nos molesta y parece que gran parte de la sociedad ha mandado a tomar viento el código de la ética y los valores, y se ha instalado en el terreno de «primero salvo mi culo y luego ya se verá». Un individualismo enfermizo traducido en una competitividad más agresiva, y una lucha casi inmoral para sobrevivir en un mundo donde cada vez sobresalen más los mediocres. Porque cuando fallan o faltan los valores, despuntan aquellos que carecen de moralidad y que van por la vida jodiendo a los demás como alternativa única a su propia felicidad.

Quizás estés leyendo estos párrafos y te parezca un retrato excesivamente pesimista de la sociedad actual; y puede ser que lleves algo de razón. Lo que sí que tengo claro es que en los últimos años han aflorado más las actitudes egocéntricas de los que se pasean por la vida con total impunidad, creyéndose en posesión de un poder que no tienen o no deberían tener: hundir a los demás. Primero porque ningún ser humano debería tener nunca ese privilegio y, lo más importante, porque muchos de los que van disfrazados de superhéroes son en realidad unos miserables ignorantes que tienen como único talento reconocido chupar la energía y la autoestima de los demás para poder destacar ellos. ¿Y cuáles son los guardianes de esta especie? Gente de su misma clase y categoría moral.

Y es que detrás de un mediocre suele haber otro mediocre, como veremos de manera especial en el ámbito empresarial. Entre ellos se entienden porque hablan el mismo lenguaje y se miran en los mismos espejos cón-

cavos y deformados; pero si se protegen es por otra razón más efectiva. Saben que un mediocre nunca puede descabalar a otro mediocre porque no le resulta competencia.

Y así es como hemos terminado construyendo un sistema eminentemente piramidal de la mediocridad con una acumulación importante de mugre en la parte superior que va descargando su bilis hacia abajo; precisamente donde se encuentran aquellos que quieren cambiar el mundo pero que, en muchas ocasiones, no lo pueden hacer porque hay un tapón inquebrantable de sinvergonzonería. Los mediocres no tienen ni la necesidad de disimular: saben que si algo tiene la banca... es que siempre gana.